

C.E.N.A.

863.6

S718p

C.R.



A la
Biblioteca Nacional
de Costa Rica.

Carlos Meléndez

Feb. 1988

EL PROBLEMA



Qui amat periculum
in illo perebit.

*Eclesiástico, Cap. III.
Vers. 27*

I

El gran vapor se deslizaba magestuoso por las dormidas aguas del Canal. A uno y otro margen, reflejando sus fachadas sobre la turbia linfa, quintas circundadas por altas verjas de hierro donde culebreaban, llovidas de flores, las tupidas madre selvas, dejando apenas ver, entre su verde tamiz, el blanco manchón de las escaleras de mármol que se iban estrechando al subir como una ola espumante; oficinas con sus amplias ventanas y sus piezas inundadas de luz; fábricas severas, claustrales, cortando el espacio con sus chimeneas altas, erguidas, que lanzaban constantemente sobre el

diáfano azul del cielo bocanadas de humo negro y pesado. Era toda una gran ciudad, alargada, extendida en las riberas de aquel río hecho á medias entre Dios y los hombres; una Venecia moderna, con una sola calle anchísima, limitada por dos grandes océanos.

El doctor Escalante, reclinado de bruces sobre el barandal del buque, miraba como absorto tanta grandeza. Aquello parecía un trabajo de magia. Era el producto de una raza joven y fuerte. Aquellos hombres que se veían desde el vapor, con biceps de atleta, rostro encendido por una sangre poderosa, ágiles, ligeros, eran los que habían, en poco tiempo, realizado tales prodigios.

Veinticinco años habían transcurrido desde que pasó por vez primera el canal, apenas en construcción, cuando su padre, eterno enemigo de aquella raza subyugadora, pero curioso de sus adelantos, quiso al llevarlo á Europa, aprovechar la ocasión para ver aquella obra colosal en sus principios. Cómo había cambiado todo des-

de entonces. En aquel tiempo no cruzaban el río sino embarcaciones pequeñas y lo bordeaban viejos árboles, testigos mudos de los heroísmos y de las crueldades de la conquista que ya los encontró viejos y gigantes; árboles que juntando amorosos sus ramas tendidas de ribera á ribera, formaban una bóveda de espléndida verdura, atravesada por uno que otro rayo de sol que iba á dibujar con su pincel de oro raros caprichos sobre el cristal movable de las aguas. Allí, sobre esa bóveda, anidaban centenares de pájaros que desde el alba hasta el arribo de la noche cantaban acompañados por el susurro de la fronda y los murmurios del río. Todo había desaparecido, todo se había transformado. En aquella selva, al poner su mano la civilización, borró el esplendor de la virgen naturaleza.

El doctor Escalante, sentía su alma agobiada de cruel desazón. Cinco años tenía cuando hizo el primer viaje y sus recuerdos eran vivos y palpitan-tes, como lo son siempre los de aquellos actos que impresionaron fuertemente

nuestro infantil cerebro, y que ni el tiempo, ni las emociones más cercanas, logran siquiera empalidecer. El cambio de panorama, era como un robo á las reliquias de sus recuerdos.

El vapor seguía avanzando lentamente. Lanzó el silbato de la máquina tres aflautados toques y se sintió en toda la embarcación el movimiento que precede á la llegada de un puerto. La ciudad lineal iba desparramándose hacia la ribera izquierda; ya se veían calles de arena, vehículos de ruedas, un movimiento más desordenado y más activo. Era la hora del crepúsculo. Un sol tropical que en su agonía ensangrentaba el ocaso hasta querer escalar con su púrpura el cenit, derramaba sus rayos tibios sobre los edificios, se retorcían éstos entre las cuerdas y los mastiles de infinitas embarcaciones ó rodando sobre el líquido elemento lo matizaban de oro y púrpura.

Las frases lacónicas de la lengua inglesa repercutiendo por uno y otro lado, parecían chispas encargadas de encender la actividad y el movimien-

to en todas partes. ¡Que agitación, que bullicio! Iban y venían los pasajeros de todas clases; rodaban sobre la cubierta baules, maletas, lios y cajas; salían á relucir los sombreros y los abrigos más raros, los objetos que reclamaba la ocasión y que había hecho innecesarios la vida íntima de abordo. Algunos pasajeros alargaban las cabezas en busca de personas que debían esperarlos en la orilla; otros sonriendo, hacían señas con las manos y con los pañuelos. Una señora muy gorda y muy encarnada entabló conversación, á grandes voces, con una joven que desde el muelle le mandaba besos con las puntas de los dedos. Los más se preparan á salir de aquella prisión que los había albergado por más de nueve días.

Sólo el doctor Escalante, clavado sobre el barandal, permanecía inmóvil en medio de aquella balumba. El vapor atracó, al fin, y los pasajeros, como presa á la cual se levanta el dique, se precipitaron por el puente, apenas tendido, sin consideraciones ni cortesías, tratando únicamente de salir

cada cual el primero, de aquella avalancha humana.

Hasta entonces, cuando se vió completamente solo, comprendió el doctor que era llegada la hora de salir. Cargó el mismo con su maleta y saltó á tierra. No se oía hablar más que inglés. En vano él, con atento oído, trataba de percibir alguna palabra española ó francesa. Varios individuos se le acercaron y aun pretendieron arrebatárle la maleta de las manos; pero como no podía entenderse con ellos para explicarles lo que deseaba, permaneció inmóvil, viendo á una y otra parte con la curiosidad del hombre que buscara en aquel sitio algo que debía encontrar en él.

Una suave palidez y una grata sonrisa cambiaron momentáneamente su rostro; dejó caer la maleta y se echó en brazos de un hombre alto, robusto, viejo ya, y que abrazándole fuertemente, no se cansaba de llamarle: «hijo mío.»

—Que tal viaje? preguntó cuando se hubieron desenlazado.

—Magnífico—contestó el joven—

me ha molestado únicamente no conocer el idioma y creo que esta dificultad me seguirá molestando; veo que aquí ya no se habla más que inglés.

El padre apenas oyó estas últimas palabras. Dirigiéndose á un granuja de agujereado sombrero de fieltro que dejaba ver por sus aberturas algunos mechones de cabello rubio, le ordenó en inglés que tomase la maleta y los siguiera. Después, dirigiéndose á su hijo agregó:

—Vamos, el *City of Burica* nos espera, saldrá hasta las diez, pero de todos modos estaremos mejor allí, vamos.

Y comenzaron á caminar por aquella población, improvisada, en el ángulo que formado por el río San Carlos y el gran canal de Nicaragua. Como las sombras de la noche iban en aumento, los escaparates de los almacenes comenzaban á encender sus luces y los focos eléctricos de la calle iban brotando como diamantes uno á uno. Aquella ciudad-estación era, sin duda, de un gran comercio y una inmensa actividad.

Padre é hijo hablaron durante el trayecto de asuntos de familia y nada más. La mamá estaba muy bien, pero no había querido llegar hasta New Charleston, por quedarse arreglando las cosas de la casa.

—Tu sabes como son nuestras mujeres—decía don Teodoro—un viaje es para ellas problema difícil. Nuestra raza es así. En todo halla dificultades, todo le infunde miedo. Pero me gusta, me gusta que así sea. Odio á estas marimachos de americanas.—Emma, la hija de mi hermano, está pasando una temporada con nosotros, mientras su padre arregla un negocio en Honduras. Su hermano Santiago, redacta el periódico que fundó su padre, aquel periódico que tu recordarás, «La Nación»; hoy ha cambiado totalmente. Se llama «The Star» y está escrito en inglés. No podía acabar de otro modo. Tomás ha sido siempre una cabeza destornillada; americanista incorregible. Yo no te he mandado el periódico, ni te he hablado de eso por evitarte disgustos. He tenido yo tantos por esos motivos. Mira un aviso de mi

fábrica,—exclamó interrumpiéndose para señalar hacia el frente.

Habían llegado á la orilla del San Carlos y sobre la vela de un bote que subía el río, á la luz débil de dos faroles, se alcanzaba á leer:

«Saint Carlos Chocolate the best in the world.»

Julio hizo un gesto que su padre no advirtió y dijo con desgano—Ah! sí.

II

Eran las diez, cuando el *City of Bu-rica*, comenzó á remontar el río acariciado por una tenue brisa que hacía la noche fresca y deliciosa. En aquel río había logrado, en parte, la naturaleza sobrevivir al cambio general. De trecho en trecho, separando agrupaciones de casas, se veían árboles corpulentos alzar sus ramas tristes y lánguidas, como si temieran provocar el enojo de la raza terrible, que podía de un soplo hacerlos desaparecer, con la misma facilidad que el huracán desgaja un arbusto.

Había pasado ya, para el padre y el hijo ese momento de vértigo que sigue al encuentro de dos personas que se

aman y tornan á verse, después de una prolongada ausencia. Agotadas las intimidades, los recuerdos, las preguntas, las frases coincidentes, estaban en esa hora desagradable en que es preciso hacer un esfuerzo para ocuparse de la realidad áspera de la vida, de asuntos indiferentes ó secundarios, dolorosos muchas veces.

—Esto ya es completamente americano, dijo Julio.—Y qué transformación tan rápida; me parece un sueño.

—Si, es asombrosa ciertamente—repuso el padre.—Lo veo y apenas puedo creerlo. Hace treinta años, me acuerdo bien, era á raíz de la guerra hispano-americana, cuando Tomás me dijo una tarde después de comer; Teodoro, nosotros, vamos á ser americanos.

Lo miré asombrado, sin aceptar á comprender si hablaba en serio ó gastaba una broma.

El, imperturbable, agregó:

—Sí, seremos americanos. Esa gran nación ha vivido ignorante de su grandeza; su amor á la libertad y su afán de progreso, no la habían dejado comprender que sus músculos de gigante,

se hallan oprimidos en el territorio que ocupa. Hoy tratará de ensancharse y nosotros tendremos que darle espacio, no hay más remedio.

No pude contenerme al oírle.

—Eres un mal patriota le dije, un hombre sin corazón, sin sangre. ¿Crees que nosotros lo permitiríamos?

—No habrá manera de evitarlo, me contestó, con su calma de siempre. Unos cuantos, la mayoría comprenderá que lo mejor es prepararse con tiempo para encajar en el modo de ser de esa raza. Adoptará sus costumbres, tratará de imitar sus virtudes, seguirá sus vicios quizá. Esos entienden la cosa y serán felices. Yo seré de ellos. Los otros, los que quieran resistir, serán muy pocos para oponerse por la fuerza y sobre todo, cuando quieran sacudirse ya estarán viciados por el medio ambiente y serán también arrollados por el vendaval. Ni uno solo quedará en pie.

—Qué soberbia profecía,—exclamó Julio—tristemente.

—Soberbia; pero mi hermano exageraba. No quedará uno, dijo, y quedo

yo; yo, que sigo odiando á los intrusos como el primer día, que sigo resistiendo como entonces.

Julio no apartaba los ojos de su padre que hablaba lleno de convicción y de firmeza. El joven comenzaba á comprender que su padre vivía engañado. Aquel odio no residía más que en los labios, aquella resistencia se había condensado en las fórmulas. Su padre era también una víctima.

Don Teodoro agregó:

—Mi hermano también cumplió su programa. Al siguiente día de aquel en que hizo la profecía, publicó un editorial en «La Nación», concebido en los mismos términos, sin importarle la grito del público, ni los ultrajes de los demás periódicos. Se perfeccionó en el inglés, que ya conocía, y finalmente se casó con una norteamericana. Sus hijos son sajones, completamente sajones. Sobre todo Santiago. Emma, tiene sus ribetes de latina. Ya lo verás..... Y ahora á dormir, sabes que es tarde. La una, vamos, y yo despierto. La jaqueca mañana. No cabe duda, nuestra raza es débil; yo sin embargo la prefiero así.

III

Los vapores que partían de New Charleston en la noche, á pesar de la corta distancia, no acostumbraban llegar al muelle de San Rafael, sino hasta la mañana siguiente. Era preciso pasar la noche á bordo. Julio se retiró á su camarote, pero no pudo conciliar el sueño. Mil ideas confusas agitaban su imaginación y mantenían sus párpados abiertos. Sentía una profunda tristeza, una nostalgia de algo desconocido, de algo imposible.

Se levantó muy de mañana. El alba extendía por Oriente su gran abanico de luz pálida y la naturaleza comenzaba á despertarse. Murmuraban lánguidamente las aguas batidas por la

hélice, agitaban la brisa los ramajes y algunos pájaros dejaban rodar por el aire diáfano del amanecer la cascada armoniosa de sus trinos. A Julio todo le parecía triste. Hallaba plañideros los cánticos de los pájaros, como si comprendieran éstos que iba á terminar la hora de su vida salvaje, para entrar en la prisión dorada, con el grano medido y el cantar obligado. Veía amarillentas las hojas y abatidas las ramas. No eran aquellos los mismos árboles que contempló en su infancia, ni aquellos los pájaros alegres que perseguía su crueldad infantil. Un tinte de agonía coloreaba todo lo antiguo. En cambio lo nuevo, lo naciente, qué animado, qué alegre. Los silbatos de las máquinas de vapor llamaban al trabajo; poderosos corceles tiraban de los arados que hundían sus grandes uñas de hierro en el seno blando de la tierra, indiferente en su actividad, dispuesta á rendir sus frutos más valiosos al mejor cultivador, fuese quien fuese. En las puertas de las casas asomaban sus cabecitas rubias y sus rostros encarnados los niños sajones, viendo con

sus ojos azules de impasible mirar á aquella gran naturaleza que tal vez los albergaba con odio. El trabajo ordenado, el trabajo metódico, la gran labor del que sabe triunfar con su fuerza y su perseverancia se advertía por todas partes.

Entonces, como si el ejemplo de aquella actividad encausada, le obligase á ordenar sus pensamientos confusos y dispersos de la noche, se abismó en sí mismo y comenzó á reflexionar en las causas á que obedecían esas transformaciones que tanto lo asombraban. Comprendió porqué la raza nueva se tragaba á la suya, como un remolino del Malström se sorbe el último resto de un naufragio. Vió claramente que aquella no era una raza conquistadora sino absorbente; que no ejercía dominio sino influencia. Había llegado al país con su fuerza y su saber para luchar por la vida; se encontró con una raza superior, muy superior en espíritu, pero inferior en materia y pasó lo que tenía que pasar. La sangre poderosa cogió, transformó, y se asimiló la su-



gre débil. El músculo de hierro venció á la idea de oro. De esa gran lucha, debía nacer naturalmente la admiración de los débiles por los fuertes; la fascinación del triunfo; acabando por dejarse devorar los primeros sin resistencia y sin dolor, como el ave hipnotizada por la serpiente hipnotizadora.

Todo esto lo veía claro, perfectamente claro, y no sólo perdonaba á su padre las flaquezas que en él advertía, sino que aún admiraba que, siquiera en la forma, hubiera podido mantenerse incólume.

Un fondo de profunda compasión, de honda piedad, iban sembrando en su alma estas reflexiones, cuando, al aparecer allá en lontananza el muelle de San Rafael, vino á su mente el dulce recuerdo de su madre y apartado momentáneamente de todo, ya no pensó en otra cosa, sino en el momento de estrecharla en sus brazos.

IV

El carruaje se detuvo en el patio de la fábrica. Los grandes edificios alzaban al frente sus fachadas majestuosas, de ventanas estrechas, angostas cornisas, y severa arquitectura; los adornaban gallardetes y banderolas que en un tiempo debieron ostentar los colores del pabellón nacional y á los cuales las lluvias y sol habían decolorado hasta un blanco sucio. Julio creyó ver un símbolo en aquella palidez y no pudo ocultar una amarga sonrisa.

—Vamos, sígueme, recorreremos la fábrica,—dijo don Teodoro—deseoso de mostrar á su hijo los progresos realizados durante su ausencia. D.^a Elisa y Emma se dirigieron á la casa de ha-

bitación y Julio caminó detrás de su padre con andar desmadejado y aire desdeñoso.

Subieron una angosta escalera y se encontraron en el primer salón.

—Aquí—dijo el padre—se prepara y muele el grano—Mira qué máquina esa, parece que tuviera inteligencia. Cómo separa el grano malo y las basuras; fijate, ahora eh! ¿has visto? Aquí tienes la primera pasta. Qué cosa tan fina ¿no es cierto? En este salón, continuó, entrando en una nueva estancia, se practican las mezclas, es decir, ya queda fabricada la masa para entraren los moldes. Cada molde tiene el nombre de la fábrica y su sello especial. Sin embargo se hacen muchas imitaciones, muchísimas. Ya te enseñaré algunas que he podido pescar. A primera vista cualquiera se confunde, son idénticas. Pero probándolo ¡qué diferencia! no hay medio de competir; te digo que no exagero al llamar á mi chocolate el mejor del mundo. Habrá iguales, no lo dudo, pero mejores, imposible—y seguía hablando sin parar un momento, gesticulando y po-

niendo ese rostro complacido de los comerciantes cuando ofrecen nuevos artículos á sus clientes.

Siguieron atravesando grandes salones atestados de máquinas y de obreros, dond  se aspiraban los olores de la vainilla, la canela y el cacao, confundidos con los de agrupación humana, de aceite y de tabaco. Cada máquina diferente exigía su explicación y cada nueva forma del producto reclamaba su encomio.

—Este es el salón de mujeres—dijo, entrando   la pieza última del último edificio.—Aquí se envuelven las tabletas en papel de estaño y se les pone su cubierta con la marca de fábrica y su aviso correspondiente. Mira qué cubiertas tan bonitas. Esta fué idea de Tomás. Yo quería que la leyenda fuera en español, pero, vamos, se empeño tanto, que fué preciso ponerla en inglés. Eso nada significa; no pierdo con  llo mi espíritu independiente; al contrario, hago tragar mejor á estos sajones, lo que produce un latino, un verdadero latino incorruptible.

—Pero—aquí todo es extranjero—

se atrevió á decir Julio—me parece que no hay un solo operario nacional.

—En cuanto á los operarios tienes razón—repuso don Teodoro.—Esta gente sabe trabajar. Yo la utilizo como máquinas, como bestias de carga. Es la mejor forma de mi desprecio. Son una fuerza valiosa. Unos caballos inmejorables. Ellos no se enferman nunca, no se les muere nadie, no dejan de trabajar el lunes, no conocen más días festivos que los que uno quiere darles, no hablan, sobre todo no hablan. Y que manera de trabajar. Cada uno vale por dos de los nuestros, en cantidad y en calidad. Y en fin, hay la ventaja de que yo no les guardo consideraciones; los trato como lo que son, como bestias, puras bestias de carga. Pero—exclamó de pronto—aún en lo de operarios hay su excepción. Mira ese que trabaja en la cortadora es del país,—y dirigiéndose al que se refería, le preguntó en inglés cómo marchaba el trabajo aquella mañana.

Julio—con extrañeza y sin comprender lo que su padre decía al obrero, exclamó:

—Pero ¿por qué le hablas en inglés?

—Flaquezas humanas—repuso don Teodoro encogiéndose de hombros—este individuo, no quiere hablar español; una monomanía, una monomanía como otra cualquiera. Se le puede perdonar en gracia de ser un operario de primera, tiene todas las virtudes de los yankees y es de nuestra raza, no se puede pedir más.

Hubo una leve pausa.

—Ya lo conoces todo—continuó el padre.—Estoy seguro que has quedado satisfecho. Esto revela un gran esfuerzo, un esfuerzo colosal. Ahora vamos á conocer la casa de habitación. No hay lujo, pero comodidad, ya verás que comodidad.

V

Eran las doce del día, cuando se sentaron á la mesa. Hasta entonces no había tenido ocasión Julio, de fijarse detenidamente en Emma. Era una mujer admirable. Alta, robusta, fuerte. Sus caderas eran redondas y su pecho erecto y sólido; la sangre ardiente que circulaba por sus venas, teñía de vivo púrpura sus mejillas y parecía querer saltar por sus labios; la mata negra de sus cabellos ondeaba sobre su frente y en torno de su cuello de mármol; una recia musculatura se adivinaba bajo su blanca y transparente piel de raso. Todo en ella demostraba un gran temperamento, una gran naturaleza, una mujer hecha para la maternidad, molde soberbio para la procreación. Cuando

reía cambiaba como por encanto. Su rostro se tornaba soñador y su mirar apasionado; aquella hermosa figura tan humana, parecía esfumarse en los contornos de un ideal divino. Chispeaban sus grandes ojos leonados, de natural serenos, y adquirirían bajo el toldo de sus pestañas negras, una irresistible fascinación.

En aquel momento, reía, al propio tiempo que exclamaba:

—Con que Ud. es también como su padre, ¡que curioso! Nos aborrece.

Julio sintiendo como un golpe en el rostro al oír aquel *nos*, profirió con viveza:

—No aborrezco á nadie. Digo simplemente que prefiero lo que dejé á lo que hallo. Tal vez contribuyan á mi manera de sentir los recuerdos de la infancia. Tienen siempre un perfume tan grato para nosotros! Esta casa me parece bellísima, muy cómoda, y sin embargo, no puedo olvidar aquel viejo caserón de campo en que jugué de niño.

—Oh! repuso Emma, no dudo que eso pueda influir pero en el fondo á

Ud. le antipatiza nuestra raza. Se lo he notado, es inútil que me lo niegue.

—En primer lugar—dijo Julio—no se tratará de la raza de Ud., puesto que tiene Ud. una buena dosis de latina, y en segundo lugar, me parece que juzga con demasiada rapidez. La raza sajona no me antipatiza. Simplemente que..... no la querría ver en mi país.

—Yo de latina—repuso—como si fuera lo que más le preocupase—no tengo nada. Papá es más sajón que todos los sajones del mundo.

—Tiene razón Emma—dijo don Teodoro.—Yo te lo decía ayer. Tómame el programa que se propuso á las mil maravillas. No tiene nada de nosotros, nada absolutamente. En cambio su hija, por más que diga, ya lo verás, no puede desmentir su sangre paterna con todo y la educación y la mezcla. La prueba mejor, es lo bien que armoniza conmigo, el enemigo de su raza, como ella dice.

—Enemigo—exclama Emma, sonriendo con su risa cristalina y sonora, —vamos tío, si Ud. es también ya de

los nuestros. Aquí el único verdadero enemigo y enemigo irreconciliable es Julio.

—Yo, yo,—repusieron á la vez don Teodoro y Julio, aunque con muy diferente expresión.

—Sí, es la verdad; no rectifico. Agrego simplemente que no pierdo la esperanza de que haremos cambiar á Julio. Yo haré lo posible, todo lo posible.

—En ese caso.....—Julio iba á añadir algo, cuando apareció en el umbral de la puerta, un hombre joven, muy rubio, de alegre fisonomía y porte elegante.

—Ola Santiago, exclamaron todos á la vez—¡qué sorpresa!

El recién llegado dijo en español, con marcado acento extranjero:

—Supe la llegada de Julio y quise venir á saludarlo, nada más que á saludarlo. Me voy esta tarde.

—Pues aquí lo tienes—repuso Emma—Abrázalo con cuidado, mira que es nuestro enemigo, es decir, enemigo de los yankees,—y de nuevo dejó correr el hilo tenue de su risa encantadora.

VI

—¿Cómo van sus trabajos,—señor anexionista?—dijo don Teodoro á Santiago.

—Admirablemente. ¿Ha visto mi artículo de hoy? Trato el asunto con toda claridad.

—Hoy no he visto periódicos—repuso don Teodoro.—Cómo hemos llegado esta mañana y era preciso enseñar á éste—volviéndose á Julio—lo poco visible que tenemos, no ha habido tiempo de ocuparse en la lectura. ¿Qué dice el artículo?

—Hago referencia á las noticias que ha mandado mi padre. En las otras repúblicas la cuestión se presenta tan bien como en Costa Rica. En el Sal-

vador y Guatemala parecía más difícil la tarea, sin embargo no ha sido así. Se ha trabajado muy hábilmente. Si no me equivoco, la anexión se verificará á fines del año, es decir, dentro de siete meses. Ya es necesario, no podría retardarse más.

—Pero, ¿es posible que nadie se oponga?—exclamó Julio con firmeza.

—¡Quién!--respondió Santiago.—Si la anexión no será más que una fórmula. ¿Qué somos ahora? ¿somos libres, por ventura? Tenemos un gobierno propio, es cierto; pero, si tú profundizas, verás que no es independiente. Ese gobierno tiene un periódico oficial que se publica en inglés, sus acuerdos, sus decretos, sus disposiciones todas, se publican en inglés. Y en sus oficinas no se habla otro idioma. Más aún, y esto entre nosotros, no se hace sino lo que quiere que se haga el Presidente de los Estados Unidos. No somos, pues, libres y en cambio se nos vedan las prerrogativas de ciudadanos de una gran nación. Conviene dar el paso definitivo. ¿No te parece?

—No discuto si conviene ó nó—añadió Julio con cierta vacilación—lo que me extraña, es que no haya quien se oponga, aunque se trate de puras fórmulas; las fórmulas son, precisamente, lo que más preocupa á los pueblos.

—Pero, ¿á qué pueblo te refieres?—repuso Santiago, sonriendo,—si ese pueblo ó aquel pueblo, se ha fundido en la nueva raza, la ha adoptado sin sentirlo. Hace treinta años, muy bien, entonces hubiera sido tiempo de resistir. Cuando mi padre dió la voz de alerta podía haberse hecho mucho; pero ahora.....

—¿Y nadie hizo nada en aquel entonces? Mi padre dice que la prensa se ocupó mucho del asunto.

—Sí, se ocupó como lo hacen los latinos siempre: en una forma ideal, hasta sublime si se quiere. Los periódicos lanzaron artículos rimbombantes, manifestando que antes morirían que ser yankees, que sabrían luchar hasta verter la última gota de sangre, que era preferible la muerte á la esclavitud! Los muy inocentes pensaban que un día de tantos, aparecerían, por

mar ó tierra, los ejércitos conquistadores y que habría lucha, una lucha heroica. Mientras esas buenas gentes gastaban sus energías en tales protestas, los sajones, sin armas, ó mejor dicho, sin más armas que su oro, su trabajo y su espíritu absorbente, iban alcanzando de día en día nuevos triunfos. Se hablaba de venta del territorio; pero como la venta no se verificó, ni se podía verificar, los patriotas siguieron refunfuñando entre dientes, dispuestos á morir tan pronto como fuera necesario. La hora, por supuesto, no llegó. Cuando sintieron ellos, los terribles, los indomables, ya vestían y comían á la americana, y pensaban, aunque no se atrevían á confesarlo, que los tales invasores no eran tan malos como se creía.

—Es cierto—repuso don Teodoro con calor—ha habido un gran fondo de debilidad, una flaqueza incalificable. Esas gentes han malgastado sus fuerzas. Oh! si todos hubieran sido como yo! No grité, no refunfuñé, pero supe protestar con mis actos. He sabido defenderme; he aprovechado á

la raza nueva como elemento; he cogido lo bueno que tiene, pero siempre despreciándola y sin corromper mi personalidad.

—Tiene razón Teodoro—repuso tímidamente D.^a Elisa, que aunque no acostumbraba intervenir en tales discusiones por temor de molestar á su esposo con sus simplezas, todo era que oyese decir, «utilizar á la raza», para que no pudiera contenerse.

—Si, tienes razón. Yo lo veo por los criados—los criados eran su argumento poderoso.—Oh! cómo sufrí con los del país! En cambio estos son inmejorables. Nada se les olvida. Desde que tenemos criados extranjeros, nunca te ha faltado tu té al acostarte, ¿verdad Teodoro?

Emma que se había puesto de pie y se dirigía al piano, cortó la discusión diciendo:

—Basta ya de sajones y latinos. Voy á cantar una romanza. Le advierto Julio que es americana: vamos á ver si también es enemigo de nuestra música. Se llama *Golden's heart* que quiere decir *Corazón de oro*.

VII

Cuando Julio se encontró solo en su alcoba, abrió su maletita y sacó un retrato. Representaba á una mujer en traje de calle. Sus manos enguantadas, descansaban suavemente sobre el puño de su sombrilla. Debía ser alta, delgada, fina, casi débil. Se tendió en un sofá, clavó sus ojos tristemente en aquella figura delicada y se hundió en una mística contemplación.

Que diferencia entre aquella mujer, y la otra, Emma, con quien había pasado todo el día. Recordaba la palidez blanca de Margarita; su cuerpo nervioso; su aspecto tímido; el dulce mirar de sus ojos negros: toda ella

tan vaporosa tan diáfana. Ese era su tipo: una mujer que hablase al alma; una figura novelesca, hasta un poco romántica. En cambio esos colores encendidos y esas formas recias, no podía soportarlas.

Así pensaba, cuando Emma apareció en su imaginación iluminada por su adorable sonrisa, aquella sonrisa que la transfiguraba hasta lo divino, que la descarnaba como con un cincel mágico, hasta esfumarla en los contornos del ideal.

La mano con que tenía alzado el retrato á la altura de los ojos, desfalleció suavemente hasta descansar en el pecho, mientras sus miradas se detenían en un punto invisible del espacio.

Desplegó de pronto sus labios una leve sonrisa; levantó el retrato hasta poner un beso sobre el papel satinado, lo dejó caer de nuevo, cerró los ojos, y pocos momentos después dormía profundamente.

VIII

Don Joaquín de Palacios, era hijo de un español de baja estofa que vino á establecerse á Costa Rica, donde, á fuerza de labor y economía, consiguió redondear una colosal fortuna. El hijo optó por la nacionalidad del padre; se hizo español, un español á toda prueba. La fortuna que heredó fué hecha en Costa Rica, en Costa Rica tenía todas sus posesiones, él no conocía más país que éste; aquí aprendió á llevar el traje y á tratar con la gente de tono; pero él era español, y no poco le valía esta nacionalidad. Solía ser de hecho costarricense, una que otra vez, cuando sus conveniencias lo reclamaban así. Por lo demás era siempre egoísta, calculador y ambicioso.

Cuando en 1898 se rompieron las hostilidades entre España y Estados Unidos, ardió en fe patriótica. Porfiaba, aseguraba, juraba que el león vencería al águila, como él solía decir. Desgraciadamente no fué así. La nación-coloso tenía una gran sorpresa preparada al mundo naval y militar. Levantó su brazo formidable, y el valor y la abnegación nada pudieron: fué preciso doblar la cabeza; fué forzoso rendirse. Entonces dejó de ser español; su falso patriotismo se disipó con el desastre, convirtiéndose en la ambición de ocupar un alto puesto en la política del país. No tenía talento ni ilustración; pero tenía dinero y consiguió lo que deseaba. El oro, como el báculo de Moisés, decía, hace brotar agua de las entrañas secas de la estéril roca!

Llegó á Ministro de Hacienda: sacó el pecho, irguió la cabeza, miró friamente, y quedó así convertido en un hombre público. Firmó, firmó mucho, pero jamás pudo saber lo que firmaba.

Su vida pública duró poco tiempo.

Vino un cambio político y se vió perseguido. Quiso al principio acogerse de nuevo á la bandera española; pero había perdido ya sus derechos. Clamó contra España, blasfemó contra Costa Rica y finalmente decidió irse á vivir á Francia, Francia si era un país habitable!

Cuando Julio llegó á París fué á visitar al *desertor*, así le llamaba don Teodoro en son de broma. Lo recibieron con gran cariño y visitó la casa con frecuencia. Don Joaquín tenía varias hijas á quienes Julio trataba con suma confianza, pero sin fijarse nunca en ellas de una manera especial.

Cierto día lo invitaron para un baile blanco; Margarita, la menor, cumplía veinte años. Expléndido estaba el salón. Cómo resaltaban entre una explosión de luz, los fracs negros y las vestes blancas. Cuando se reunían varias damas, parecía tenerse delante, agrandadas, por una lente poderosa, las nubes que adornan las concebidas de Murillo y ostentan, entre su vaporosa albura, las risueñas y sonrosadas cabezas de los serafines. Entre uno de estos gru-

pos acertó á ver á Margarita. Estaba encantadora, La agitación y el calor habían puesto sobre sus mejillas pálidas un desvanecimiento de púrpura, semejante al último reflejo de una aurora boreal cayendo sobre un lampo de nieve. Sus ojos brillaban con luz extraña, y el placer convertía su expresión ligeramente triste, en una expresión lánguida, tenue y soñadora.

En aquel instante Julio se fijó, por primera vez, en aquella criatura angelical. Estuvo largo tiempo con ella durante la noche y desapareció entre ambos la antigua confianza, para quedar sustituida por una galante etiqueta. La confianza del amor, no es la confianza de la amistad. Es preciso que muera una para que nazca la otra, y sobre las cabezas de Julio y Margarita ya comenzaba á aletear débilmente, con sus alitas impalpables de oro y rosa, el dios pequeño, el dios terrible.

IX

A medida que Julio profundizaba en el alma de Margarita, se asombraba más de no haberla comprendido antes. Julio amaba las artes y Margarita poseía un delicado temperamento artístico; Julio era un soñador y Margarita vivía forjando sueños; Julio tenía una naturaleza sensible, y Margarita era la encarnación de la misma sensibilidad. Sus espíritus se compenetraban en el sentir y en el pensar. Contra la costumbre de todos, ellos no solían hablar más que en castellano. Ella creía encontrar en ese idioma algo de su madre muerta que nunca le habló en otro; él creía sentir en los vocablos de esa lengua,

palpitaciones de su patria ausente, donde aún creía que se hablaba.

Cuántas veces, él con la vista del recuerdo, y ella con la de la fantasía, recorrieron los lugares donde floreció la infancia de Julio. Admiraron aquellos bosques salvajes, llenos de olores vírgenes, de murmullos extraños, de sombras desconocidas; salpicados de infinitos matices por flores hijas de la selva; habitados por seres huraños y exóticos; cruzados por todas partes de ríos y riachuelos, remansos y cascadas; grandes, soberbios en la plenitud de su existencia primitiva; ó bien se complacieron en reproducir, al través del océano, aldeas sencillas ó ciudades microscópicas, recostadas en las faldas de los montes, besadas por linfas de plata, enriquecidas por las caricias de los céfiros preñados de aromas y henchidos de vida, ó sintieron, tentaciones de llorar, á la memoria ó la ficción de la casa paterna, cubriendo con su techo tosco tanta nobleza y tanta virtud.

Qué gratas pasaban sus horas y cómo se estrechaban y fortalecían

las ligaduras de sus corazones, que parecían unidos con el sello de lo inmortal.

X

El anarquismo, agobiado por una guerra sin tregua ni cuartel, se hallaba adormecido aunque no muerto. De cuando en cuando hacía sentir sus despertares con una explosión y un siniestro. Cómo toda evolución que lleva en sus entrañas una gran idea, sabía trasponer todas las vallas. Ya caería su monstruosidad y quedaría su gloria. Entre tanto cumplía su misión de hacha, de tea, de tempestad: abrir camino al socialismo científico; quemar lo inútil para dar con las cenizas abono á las nuevas ideas; tronar en los espacios para purificar el aire destinado á la nueva vida.

Su última demostración había sido

horrible. Un gran orador sagrado predicaba en el templo de Nuestra Señora: el templo estaba lleno; en aquella multitud había retazos de todas las esferas sociales; se rozaban el andrajo y la seda, el poderoso y el humilde, el que persigue la piltrafa, y el que domina con ella; el que come caprichos y el que ayuna á pan negro; el que tiene derechos y el que no los tiene. Los grandes actores no apartaban sus ojos del predicador: iban por estudio; los grandes literatos, no quitaban oído: iban por curiosidad; las grandes damas volvían y revolvían sus miradas por todas partes: iban á ver y á ser vistas; el populacho hambriento, iba á matar el hambre con el bullicio y á calentar el cuerpo con la aglomeración. La voz del predicador vibraba con ruido de aleteos sobre aquel mar de cabezas.

De pronto algo plateado trazó una curva en el espacio y cayó en medio de la multitud: era una bomba. A la caída siguió la explosión, á la explosión el asombro, la gritería y el desorden. Todos quisieron salir al mismo

tiempo. Se oían los lamentos de los heridos, las quejas de los que rodaban por el suelo, arrollados por la multitud, los ruegos, las blasfemias, las imprecaciones, y sobre todo aquello, dominando el estruendo, la voz del sacerdote que desde lo alto del púlpito, con acento apocalíptico decía:

—Maldito, maldito mil veces el que así profana la casa de Dios. Las iras del Eterno caigan sobre el impío,—y bajando la voz, al ver á los que se retorcían moribundos por el suelo, tendió sobre aquel cuadro de agonía y sangre sus manos lívidas y regó sobre ellos el consuelo de la absolución.

XI

En la noche de aquel día, como en todas partes, el trágico suceso se comentó en casa de don Joaquín. A grandes pasos cruzaba éste la sala, tronando con voz ahuecada y sañudo gesto contra los anarquistas y la insuficiencia de las leyes.

—Debilidad —decía— debilidad es lo que sobra, y energía lo que falta. Esos hombres deberían ser cazados en las calles como fieras. Un premio debía darse al que presentase la cabeza de un anarquista conocido. Pero no: yo sé que á ese bandido de Pussili le seguirán causa y lo tratarán como gente y finalmente hasta lo matarán con grandes consideraciones. Y quie-

ren acabar con la plaga: buen modo! Que les apliquen el tormento; que los hagan confesar, y después, con ellos y sus cómplices á la horca; sólo en la horca, puede asegurarse que están en el lugar que merecen. Eso si es hacer algo.

Julio y Margarita, que ocupaban una esquina del salón, protegida por la sombra, habían dejado sus cuchi- cheos para oír las últimas palabras de don Joaquín, pronunciadas con eno- jo, con firmeza, con acento amena- zador.

Sabes—dijo Margarita con voz casi imperceptible, que me parece que papá tiene razón. Tú conoces como soy; no puedo consentir que en mi presencia se mate ni un escarabajo; pero esos anarquistas..... la verdad que esos anarquistas me horrorizan; los deberían acabar á todos.

Julio fijó tiernamente sus ojos en Margarita, y con la inspiración, con la fe con que hablan los individuos de temperamento nervioso, cuando el espíritu predomina sobre la materia, la dijo:

—Ciertamente esos atentados son repugnantes, esas tragedias horripilan; pero si tu supieras de donde nacen. Son explosiones de hambres contenidas, de largos inviernos sin abrigo y sin hogar; vienen de la angustia de ver á los hijos revolcarse sobre un montón de paja exhaustos por la necesidad, después de haber corrido el padre todo un día en busca de trabajo, de cualquier trabajo; son manotadas de fiera herida, convulsiones de la miseria, sacudidas del harapo. Nosotros los que tenemos todo, no sabemos, ni pensamos en los que nada tienen. Si tú vieras las miserias de las buhardillas, los horrores de esas casas habitadas por los hambrientos, verdaderos almacenes de bestias abandonadas! Y esos son los poderosos entre ellos; los hay más infelices todavía. Hay muchos que no tienen casa. Duermen sentados en largos bancos de madera, con apenas la cabeza apoyada sobre una cuerda tirante, y hay otros más desgraciados aún, que ni eso tienen: después de un día sin comer, pasan las noches errando de un

punto á otro, como hojas secas arras-tradas por el aquilón. A veces se re-cuestan en el banco de una plaza y se quedan dormidos; inmediatamente viene el encargado del orden público, que no puede soportar esos desór-denes, los despierta y les dice, como la voz del Eterno al Judío Errante: anda: y el andrajoso, el hambriento, el que tiembla de frío y gruñe de có-lera, tiene que seguir su ruta sin tér-mino, viendo al través de los cristales á los que comen y beben, ó en los abrigados coches al oro y la púrpura, al placer y al crimen, que van en busca de un lecho que él no encuentra bajo el cielo plomizo y lagrimante de nieve que alberga á tantos venturo-sos, á tantos ricos y á tantos malvados.

—Hacen mal, lo sé—añadió con menos calor—su proceder no conduce á nada; pero esas monstruosidades abrirán camino al socialismo, que en el fondo no es más que la caridad predicada por Jesús, por el divino Jesús.

—Sí, yo no niego que hay muchas miserias—repuso Margarita—y que nosotros no nos portamos bien con

los pobres; pero haber hecho lo que hizo ese hombre hoy en el templo, ¡qué sacrilegio!

—El estómago vacío, no es buen consejero y el corazón despedazado menos. Ese infeliz ha visto á su madre morir de hambre no hace muchos meses. Ya ese hombre no creía ni en Dios. Era un engendro diabólico de las injusticias humanas.

Mientras ellos hablaban así, don Joaquín alzando más el tono de la voz y haciendo más sombría la expresión de su rostro, exclamaba:

—Que se están muriendo de hambre, que no tienen donde trabajar, pues que mueran honradamente y se acabó. Los débiles, los que no pueden luchar en buena lid que desaparezcan. Así como las razas más fuertes acaban con las más débiles, así los hombres de poder deben sobrevivir á los impotentes. El árbol que se cae es por falta de resistencia ó por estar su tronco carcomido; qué caiga en buen hora, servirá siquiera de abono. No hay remedio, quien puede, puede; lo que debe extinguirse que se extinga.

XII

Después de aquella noche, se verificó en el alma de Margarita una completa transformación. Marcóse más su sensibilidad enfermiza y sus ideas se confundieron sin juntarse. Un desborde de caridad la hizo comprender los horrores de los dramas anarquistas y explicarse sus atrocidades. Ella tan dulce, tan inofensiva, le halló explicación al crimen; ella tan religiosa, no rechazó el sacrilegio. Su espíritu fluctuaba en una perpetua vacilación, sin que hallaran las ondulaciones de su alma un punto de remate.

Julio había abierto á sus miradas un horizonte desconocido, había torcido el curso de sus ideas. El no era

partidario del anarquismo como se había mostrado aquella noche; y su entusiasmo nació, solamente del afán de contrariar los modos de pensar de don Joaquín. Aquel viejo egoísta y rudo le repugnaba y sentía placer en hacer que la hija no pensara en armonía con el padre. Lo cierto es que su obra se consumió. No podía ser de otro modo: Margarita era una neurasténica hasta el límite del histerismo; una enferma, una verdadera enferma. Había en ella una gran degeneración. Su padre la engendró ya viejo y gastado; su madre la concibió, agobiada por la nostalgia, herida de muerte por una suprema laxitud.

Aquella mujer era la encarnación de su raza. En fatales condiciones vino al mundo y en vez de sugetarla á un régimen fortalecedor, enérgico, se le entregó á los refinamientos del hastío, se le acrecentó el mal. Era noble, pero impotente; soñaba en volar pero eran débiles sus alas; sentía la atracción de todo lo grande, pero no podía ejecutar ni lo pequeño; bogaba siempre entre dos ideas, sin resolu-

ción para echarse en brazos de una y consagrarle todas sus energías. Esa generosidad y esa ductilidad, la ponían al arbitrio de todo lo que atragara su imaginación ó superara sus fuerzas.

Razón había, en tal caso, para que la modificaran las palabras de Julio. No pasa otra cosa en los pueblos jóvenes nutridos con sangres gastadas y educados en falsos principios: se entregan á los ideales ó se inclinan á los yugos; ofrecen su hermosa virginidad á los falsos profetas ó gimen bajo la garra de los tigres. El caso es que siempre están expuestos á ser devorados por un coloso ó engañados por una fantasía.

XIII

Julio gozaba con la ductilidad de Margarita. Enorgulleciólo que su inteligencia jugara con el alma de aquella mujer, como las olas encrespadas juegan con un esquiife. Estaba satisfecho de imprimir forma á aquella planta nueva. Tenía la seguridad de levantar los vuelos de su espíritu hasta hacerla superior á todas las mujeres, lo cual para él, en el fondo, no era mucho, ya que el sexo femenino no le merecía el menor aprecio. Pero Margarita sería muy superior!

Complacido de su obra, no veía que su volubilidad y sus caprichos imprimían diariamente distinta dirección á las ideas de su amada, no lo-

grando otra cosa que hacerlas menos profundas, y más agudo su exagerado neurotismo. Ignoraba que para educar bien, es preciso calar hondo; que las naturalezas de enfermiza sensibilidad no tienen más fuerza que la del carácter y es necesario enseñarles el dominio de la voluntad.

Pero ni uno ni otro estaban en condiciones de reflexionar. Se habían entregado sin reserva las virginidades de sus almas. El había saboreado el placer y la pasión: había vivido con una griseta y hecho varias locuras por una *cocote*; pero nada más. Ella desconocía toda sensación y todo sentimiento en el campo del erotismo, antes de conocer á Julio. Amaban ambos por primera vez, y se dejaban llevar como átomos arrastrados por el viento, impotentes para luchar contra la fuerza que los empuja.

De pronto vino á despertarlos de su dulce soñar, la violenta sacudida de la separación. Don Teodoro llamó á Julio y fué forzoso regresar al país natal. Pronto volvería á Europa y se efectuaría el matrimonio con Marga-

rita. Esta era la promesa de su padre.

Qué dolor para ambos. Julio y Margarita lloraron sin reservas y soñaron sin tasa. Forjando proyectos y acariciando esperanzas, endulzaban algo tanta amargura. Sin embargo Julio, creía encontrar en la pena de Margarita un motivo más de angustia que la ausencia y el amor: la desconfianza. Aquella mujer temía que Julio no volviese, y viendo á sus hermanas siempre aburridas y malhumoradas por el celibato, sentía ella todo el horror del solterismo. Joven educada, para ese único fin, temblaba al sólo pensamiento de que este no se realizase. Sufría la esclavitud á que condena la impotencia en las mujeres que no hallan más porvenir que la unión con un hombre que salve su debilidad. Estos pensamientos molestaban á Julio que no acertaba á confesarse toda la culpa que tenía en aquel egoísmo. Se había hecho indispensable como elemento de fuerza y no como colaborador en ideas y pensamientos, y Margarita no podía

prescindir, ni con la imaginación, de esa necesidad.

Cuando se halló lejos de ella, tal preocupación se disipó y una vez más enorgullecióse de ser el complemento, parte de la vida, de una virgen digna de ser muy amada. Por eso, al ver á Emma tan varonil, tan suficiente por sí misma para la lucha de la vida, tan poco preocupada del matrimonio, renació con más fuerza en su corazón el recuerdo de Margarita, toda debilidad, toda timidez, acogida á él, como el arbusto que busca arrimo junto al duro tronco que le salve de las lluvias y los huracanes.

XIV

Julio se levantó muy temprano con la intención de recorrer los sitios tantas veces trillados en su niñez y que encerraban los mejores y más firmes recuerdos de su vida. Quería, con la imaginación, volver á la infancia.

Descendió al jardín que extendía frente á la casa el derroche de sus matices, como una gran alfombra oriental al pie de un trono. Allí estaba Emma. Recogía rosas y formaba un ramillete. En el momento en que Julio la vió, un naranjo en flor, cual si estuviera salpicado de nieve, alzaba sobre ella su tupida copa que á cortos intervalos lloraba lágrimas blancas.

La naturaleza tropical mostraba sus

gigantes energías hasta en las debilidades de un jardín. Las plantas más raquílicas tenían algo de grandioso; parecían satisfechas de la fecundidad y vigor del seno que las alimentaba. Se erguían con la plenitud de su savia joven y poderosa, enorgullecidas de su primavera eterna. El cielo tan diáfano y el sol tan puro, ayudaban á vigorizar la naturaleza. Una lluvia de oro candente caía sobre un mar de verdura, esmaltado por el rocío matinal y llovido de todos los colores del iris que vivían en aquella eflorescencia abrumadora.

Emma, con su falda oscura y su camisa varonil de tinte pálido, que hacía resaltar la blancura de su cuello coronado por la mata azabachada de su melena oscura, le pareció á Julio, en medio de aquel jardín que despertaba con la aurora lleno de esencias y de sexualidades, como la representación de la vida, de la fecundidad. Las rosas que aprisionaban sus manos eran frescas y purpuradas como sus mejillas; algunas blancas, como su frente, como sus manos, co-

mo su cuello. Su adorable sonrisa tenía semejanza á aquel sol de mayo, esparcimientos de alegría. Estaba encantadora.

Cuando oyó pasos volvió la cabeza.

—Ah, Julio, es Ud.¿—dijo, con un acento imperceptible, como el saludo de los campos á la aurora.—No creí que se levantase tan temprano. En París no son madrugadores.

—Ciertamente, no tengo costumbre de ver la salida del sol, pero hoy deseaba dar un paseo por mis viejos rincones. ¿A Ud. no le gusta pasear por el campo?

—Mucho, y no me canso nunca. Si no le molesta iremos juntos á ver esos rincones de que Ud. habla.

Un coloreo de púrpura bañó el rostro de Julio. Sentía como vergüenza, de aventurarse con aquella linda criatura solos por el campo. Imaginaba que en aquel paseo había una traición á Margarita.

Pronto reflexionó y se disiparon sus escrúpulos. Nada tenía que se acompañase de su prima para recorrer los sitios de sus recuerdos. Menos aún

tratándose de una mujer varonil, fuerte, sonrosada, que no podría nunca entrar en el molde de sus ideales.

Salieron del jardín y caminaron por una abovedada galería de verdura, hecha de grandes árboles que estrechaban sus ramas hasta formar una ceñida red de hojas impenetrable para el sol. La humedad del suelo dejaba crecer un musgo fino y afelpado que fingía un blando tapiz de seda, y en los márgenes, como brazaletes ceñidos á los troncos y que extendían sus dijes á los lados, se veían coronamientos de margaritas y violetas que parecían vivir en una hermandad inalterable. Surgían de abajo perfumes embriagantes y descendían de arriba trinos arrulladores. El sol no se miraba, pero se sentían sus cálidas palpitaciones en el ambiente tibio.

La selvática galería desembocaba en una altura que dominaba el valle. Un océano verde extendía abajo su inmensidad y se movía con el mismo compás de las ondas.

Julio, muy pálido, respiró fuertemente al salir, como si tuviese el pecho

oprimido y dejó escapar una exclamación de entre sus labios trémulos.

—Esto sí es aquello—dijo con satisfacción.

—¿Lo reconoce Ud? preguntó Emma.

—Perfectamente. No ha cambiado el panorama. Tal vez haya más civilización en el cultivo; pero no se observa á primera vista.

--Oh! allá está mi cascada,—exclamó de pronto señalando hacia unos peñascos que se veían á lo lejos, cortados por una faja blanca que se ensanchaba al caer y tenía reflejos argentinos, como si fuera una falda de tul puesta sobre el espaldar de una silla y salpicada de lentejuelas de plata.

—Vamos allá,—dijo Emma,—y comenzó á descender dando pequeños pasos para pisar firme sobre el terreno blando.

Y los dos se perdieron en el mar de verdura, sintiendo la humedad y el frío de la mañana, y respirando los olores de tierra mojada y de capullos recién abiertos. Había momentos en que los árboles altos, unidos, los en-

volvían en una semi-obscuridad deliciosa, ó eran tan separados y pequeños, que dejaban sus bustos inundados por un torrente de luz. En estos momentos podía verse la cascada herida por los rayos oblicuos del sol naciente, que la franjeaba de iris y la cubría, en las curvas que formaba el agua al rebotar de roca en roca, con láminas de oro y plata, á veces atonadas de los reflejos del cobre.

Y seguían avanzando. Observaciones aisladas y palabras sueltas formaban su conversación. La falda de Emma se enganchó en una espina y Julio se arrodilló para desprenderla.

—¿Nunca se había Ud. arrodillado ante una mujer?—preguntó Emma sonriendo.

—Nunca; pero en esta ocasión ya merece la pena de hacerlo—dijo él sonrojándose de pronto é irguiéndose violento como arrepentido de su galantería.

Y llegaron, al fin, á la cascada. Emma comenzó á subir por las rocas en que la naturaleza parecía haber arquitecturado una escalera. En lo

alto un sauce, como protegiendo la caída, echaba su follaje hacia adelante y derramaba una sombra bienhechora. Perdido entre los árboles se veía culebrear el riachuelo que iba á despeñarse saltando de escalón en escalón, y haciendo surgir en sus rebotes, borbotones de espuma que parecían montecitos de plumón de garza.

Estaban muy fatigados: sentáronse á reposar sobre una piedra. Ella alzó hasta arriba de las cejas el velo blanco, llovido de puntos rojos, que cubría su faz y él puso sobre sus rodillas el sombrero de paja, mientras se enjugaba con el pañuelo el sudor que corría por su frente.

Julio sintió de nuevo la impresión que lo había dominado en el jardín al hallarse á solas con Emma, Vergüenza, temor, algo como una leve mordedura de remordimiento. Lo embargó el deseo de hablar de Margarita, de hacer confidencias á Emma, como para justificarse, ante sí mismo, de un acto que nada tenía de punible y llevó la conversación á este punto.

—Cuántas veces he recordado en

París este sitio y he hablado de él con verdadero amor—dijo tristemente.

—¿Muchas veces? Pero ¿con quién allá? Ah! ya comprendo, con su prometida, seguramente.

—Mi prometida? repuso él con acento vacilante. Y cómo si se arrepintiese de aquella vacilación agregó con firmeza.—Sí, con mi prometida.—Y rompió á hablar de ella entusiasta, acaloradamente. Recordó sus encantos, sus debilidades, sus caprichos, hasta su cambio ultraista después del suceso de Nuestra Señora. No omitió un detalle, un pormenor, una simpleza. Emma escuchaba llena de profunda atención. Cuando hubo terminado, con acento compasivo, tierno, casi maternal, exclamó:

—Pobrecilla, debe ser casi un niño.

«Casi un niño.» Aquella frase comenzó por pegarse á los oídos de Julio y acabó por picarle en el corazón.

¿Qué mérito tenía el haber dominado, modificado, transformado á un sér que era casi un niño? Su conquista, su gran conquista, Emma debía encontrarla demasiado cándida,

demasiado sencilla, y se avergonzó de su confianza. También, y esto él mismo no se atrevía á confesárselo, se avergonzó de la debilidad, de la ductilidad de Margarita.

XV

Aquel mismo día Julio escribió á Margarita y le refirió su confidencia á la prima. Creyó cumplir un deber haciéndolo así. Omitió sin embargo el nombre de Emma y el sitio de la confidencia. Le pareció que nada de malo había en aquella omisión. Para qué hablar de Emma, si no hacía más papel que el de prestar sus oídos bondadosos para escuchar las frases de un hombre que hablaba con entusiasmo de su amor. Por lo demás la carta era tiernamente sincera. Le refería sus tristezas de ausente, sus desengaños de la patria, el cambio de ésta y terminaba con grandes protestas de pasión y ofrecimientos firmes de volver á París muy en breve.

Después de escrita la carta leyóla cuidadosamente y, cosa rara, lo que no había sentido al escribirla experimentólo en aquel momento; cierta mortificación por no haber nombrado á Emma, ni hecho reseña exacta del paseo de la mañana. Creyó que obra mal y agregó una posdata que simplemente contenía una mentira.

«Emma, mi prima,—escribió—me encarga mandarte sus recuerdos. Le he hablado tanto de tí que se ha impresionado».—Después otras frases de amor, más expresivas, más fervientes que las anteriores.

Descargada así la conciencia, se apresuró á cerrar la carta. En aquel momento, entró en la estancia don Teodoro. Venía con la grata nueva de que su hermano Tomás, después de concluir un gran negocio ferroviario en Honduras, estaría de regreso dentro de dos días.

—Me alegro infinito—exclamó Julio. Tengo gran deseo de ver á mi tío. Apenas me acuerdo de él. Creo que es un hombre superior. Sus hechos lo demuestran así.

—Ya lo creo—repuso don Teodoro—No tiene otro defecto que su americanismo. He ahí la única causa que hemos tenido para reñir en la vida. Ah! si Tomás hubiera comulgado con mis ideas, cuanto hubiera podido hacer por la buena causa poniéndole al servicio su claro talento! Pero vamos no todos son como yo.

XVI

Don Tomás era alto, delgado, la color moreno, despejada la frente, resuelto el andar, su acento firme y enérgico, su actitud reposada. Julio no pudo resistir al influjo de su poderoso talento, aunque sus tendencias americanistas le eran antipáticas. Por acaso habían hablado de estos asuntos, una que otra vez, cuando cierto día, de sobre mesa, estalló en toda su plenitud la discusión.

—Sí,—decía don Tomás convénzase Ud.—Estos pueblos estaban llamados á desaparecer. No tenían derecho á vivir. La encina que cae sobre el arbusto lo aplasta. Los pueblos sin personalidad, sin energías, sin idea-

les, mueren; y el nuestro no tuvo nunca ni ideales, ni energías, ni personalidad.

—No comprendo—repuso Julio algo exaltado—por que razón un pueblo no ha de tener como todos, derecho á la vida y á la libertad, sea cual sea su condición.

—Sencillamente por que no se hizo acreedor á vivir y á ser libre. Deje Ud. explicar mis teorías refiriéndome á nuestro país, pero no se exalte, se lo suplico. Discutiremos tranquilamente. Hizo una pausa y continuó: Pues bien, como he dicho, una de las tantas causas que hallo para la desaparición nuestra, es la impersonalidad. Le haré algunas observaciones en el arte. Como artista, me comprenderá mejor. ¿Ud. pinta, no es cierto?

—Emborrono—masculló Julio.

—Y ¿conoce Vd. en la pintura centroamericana cuadro alguno que represente nuestras costumbres, nuestra naturaleza, nuestros episodios históricos? Ninguno seguramente. Y si Ud. analiza en las otras ramas del arte encontrará lo mismo.

Don Tomás se había puesto de pie y hablaba con creciente calor.

—Un escritor del siglo pasado— continuó—dice que si se perdiera la historia de la humanidad, las obras de arte serían un poderoso auxiliar para reconstituirla. Eso no reza con nosotros. Nuestros poetas, nuestros literatos, han desdeñado el escribir sobre asuntos nacionales. Así como nuestra pintura se ha agotado en copias de los grandes maestros, y no directamente de los originales, sino de malos cromos, oleografías y grabados, así nuestros escritores han ido siempre pisando las huellas de alguna otra literatura no por cierto de las mejores. En el fondo, hemos sido los primeros en despreciar todo lo nuestro.

—Yo creo que hemos seguido la ruta que debíamos—repuso Julio—Pueblos tan jóvenes no podían ser originales. Tenían que andar un camino trillado al principio; ya abrirían más tarde el suyo propio. Pero despreciarnos, no veo que nos hayamos despreciado.

—Vamos, que parte Ud. de un error.

Los pueblos jóvenes, casi niños, son precisamente los más originales. Y si no recuerde Ud. los grandes poemas. Son producto de los pueblos casi bárbaros, y esa idea tampoco es mía. La he leído en..... Macauley..... sí me parece que es de Macauley. En cambio amigo mío, los pueblos decadentes son siempre imitadores.

—Pero en eso puede haber contribuido nuestra educación colonial.

—Justo, Ud. lo ha dicho, ese es otro motivo de que desaparezcamos. La educación colonial nos tornó *impersonales*.—permítame que use esta palabra,—é indiferentes. Y cómo si variara de pensamiento agregó:—Vea Ud., los indios vivirán más que nosotros. Sean estos países de quien sean, siempre estarán representadas las razas primitivas, por las ruinas del Palenque y de Copán, por la *marimba*, por el *tun tun* y las *chirimías*. Eso es la expresión de una raza. Nosotros hemos desdeñado todo eso. Nos ha seducido la civilización en todas sus fases y en todas sus formas y hemos corrido tras ella con un afán insaciable. Hemos*dejado to-

do lo nuestro por coger cualquier cosa de lo ajeno. Nos hemos amoldado con facilidad al modo de ser de los que querían que nos amoldáramos á ellos. He ahí, porqué los indios fueron conquistados y nosotros somos absorbidos. Si hubiéramos girado en una órbita propia, nos hubiéramos salvado del peligro, aún haciéndonos acreedores á la censura; pero hemos querido girar tan cerca de la órbita americana que hemos sido víctimas de las leyes de atracción. Caímos en el gran astro como los aerolitos caen en la tierra. Un sol tan próximo deslumbra, deslumbra, convéznase Ud.

Don Teodoro, que por lo general no hablaba en presencia de su hermano, no pudo menos de terciar en la conversación.

—Tu exageras, Tomás—dijo.—Ese gran pueblo habrá deslumbrado á unos cuantos, á los débiles, á los impotentes; pero los corazones firmes no se dejan deslumbrar. Lo de haber sido atraídos por pasar muy cerca de su órbita, es otra exageración. Yo he vivido más entre los yankees que

